

IBEROAMÉRICA:

LA COOPERACIÓN CULTURA–COMUNICACIÓN

EN LA ERA DIGITAL

Enrique Bustamante (editor)

*Luis A. Albornoz, Martín Becerra, Néstor García Canclini, Guillermo Mastrini,
Miquel de Moragas, Octavio Getino, Omar Rincón, George Yúdice, Carlos Moneta,
Raúl Trejo Delarbre y Ramón Zallo*



Iberoamérica: la cooperación cultura–comunicación en la era digital

Actas del II Seminario Internacional de Análisis ‘Iberoamérica: un espacio para la cooperación en cultura-comunicación en la era digital’, celebrado en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Argentina, entre el 1 y el 3 de julio de 2009.

ISBN: 978-84-16829-51-4

Primera edición: Madrid, septiembre de 2020

Edición digital: Biblioteca ‘Carmen Martín Gaité’

Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación

Universidad Carlos III de Madrid (UC3M), España



Esta obra está bajo una licencia de [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

IBEROAMÉRICA:
LA COOPERACIÓN CULTURA-COMUNICACIÓN
EN LA ERA DIGITAL

AUTORES:

Enrique Bustamante (editor)

*Luis A. Albornoz, Martín Becerra, Néstor García Canclini, Guillermo Mastrini,
Miquel de Moragas, Octavio Getino, Omar Rincón, George Yúdice, Carlos Moneta,
Raúl Trejo Delarbre y Ramón Zallo*

PANELISTAS Y PARTICIPANTES:

*Ángel Badillo, Gustavo Buquet, Natalia Calcagno, Jorge Coscia, Delia Covi Druetta,
M^a Trinidad García Leiva, Micael Herschmann, Sayonara Leal,
Elena Madrazo Hegewisch, Raúl de Mora, Ancízar Narváez, Giuseppe Richeri,
Nicolás Sartorius, Francisco Sierra y Francisco Vacas Aguilar*

PATROCINIO:

Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID)

Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación de España

ORGANIZADORES:

Observatorio de Cultura y Comunicación de la Fundación Alternativas (OCC-FA)

Universidad Nacional de Quilmes (UNQ)

ÍNDICE

Prefacio: DE UNA EPIDEMIA A OTRA (2009–2020): LA COOPERACIÓN IBEROAMERICANA, ONCE AÑOS DESPUÉS	6
Prólogos	8
La cooperación para sociedades de la información y del conocimiento, E. Madrazo Hegewisch..	9
La consagración del Observatorio de Cultura y Comunicación, N. Sartorius	10
El proyecto cultural de la Argentina del Bicentenario, J. Coscia.....	12
Construir un espacio cultural Iberoamericano para el porvenir digital, E. Bustamante.....	14
Iberoamérica: un espacio para la cooperación en cultura-comunicación en la era digital, M. Becerra	17
Capítulo 1: CULTURA Y COMUNICACIÓN PARA EL DESARROLLO	20
¿La cultura como eje del desarrollo?, N. García Canclini	21
De la comunicación a la cultura: nuevos retos de las políticas de comunicación, M. de Moragas	30
Las industrias culturales digitales en la cooperación iberoamericana, E. Bustamante	38
La cooperación española en cultura-comunicación con el resto de Iberoamérica: principales rasgos del periodo 1997–2007, L.A. Albornoz	61
Capítulo 2: CINE Y COOPERACIÓN IBEROAMERICANA	70
Una larga experiencia ampliable al campo digital, O. Getino	71
Cine y cooperación iberoamericana en perspectiva, S. Leal.....	85
Aprendiendo de la experiencia europea, G. Buquet.....	89
Capítulo 3: RADIO Y TELEVISIÓN DIGITAL Y ESPACIO CULTURAL	91
La televisión digital: buen negocio, poca ciudadanía y muchos retos creativos, O. Rincón	92
Radiotelevisión digital y cooperación: diagnósticos, desafíos y propuestas, M.T. García Leiva.	99
El reto de las redes multilaterales de cooperación, F. Sierra	102
¿Qué televisión pública para qué sociedad?, G. Richeri.....	109
Capítulo 4: MÚSICA DIGITAL PARA UNA CULTURA IBEROAMERICANA.....	112
La circulación de música: digital y en directo, G. Yúdice	113
Perspectivas para las Pymes de la música en la era digital, M. Herschmann	121
Capítulo 5: EL FUTURO DEL LIBRO EN IBEROAMÉRICA.....	124
Un caso ejemplificador: Argentina y el libro, C. Moneta	125
El futuro del libro y la cooperación cultural, A. Narváez.	138
Libros más allá del papel, A. Badillo	143
Capítulo 6: LAS NUEVAS REDES DIGITALES DESDE LA COOPERACIÓN.....	146
La Red en su circunstancia: entorno digital y cooperación para la comunicación y la cultura, R. Trejo Delarbre	147
El contexto digital de la cooperación iberoamericana en cultura-comunicación, R. de Mora....	167
La cooperación cultural digital y móvil, F. Vacas Aguilar	171

Capítulo 7. COOPERACIÓN IBEROAMERICANA: EL PAPEL DE LAS REGIONES	175
Cooperación cultural internacional entre regiones: una propuesta iberoamericana, R. Zallo.....	176
Pensar la cooperación en el contexto de la actual crisis económica, D. Covi Druetta	218
La cooperación regional: una visión desde Latinoamérica, N. Calcagno	221
Epílogo: CONSTRUIR IBEROAMÉRICA EN LA ERA DIGITAL	225
Las políticas de cooperación ante la transición digital, G. Mastrini	226
Concepciones diversas, tensiones múltiples, L.A. Albornoz	229
ANEXO: UN GRAN PROYECTO: LA COOPERACIÓN CULTURAL-COMUNICATIVA IBEROAMERICANA	233
Bibliografía citada	248
Autores.....	258

¿LA CULTURA COMO EJE DEL DESARROLLO?

Néstor García Canclini

Me parece necesario colocar entre signos de interrogación el título que me sugirieron para esta ponencia: ‘¿Qué podemos decir en 2009, con algún sustento empírico, acerca de la cultura como eje del desarrollo?’. Desde Saussure aprendimos que cada palabra no significa nada sola, sino en una relación de diferencia y alianza con las demás. La noción de ‘cultura’ ha ido cambiando su significado al vincularse con términos diferentes a los que le dieron identidad en el pasado y con nuevos procesos sociales. De ‘desarrollo’, se habla cada vez menos, y con un encuadre semántico lejano de las teorías socioeconómicas previas al neoliberalismo. Una manera de decir rápido las diferencias es señalar su aparición en la fórmula I+D, utilizada en el hemisferio Norte, pero cuyas iniciales son un enigma para muchos políticos latinoamericanos, que creen innecesario averiguarlo para hablar del futuro de nuestras sociedades. En cuanto a la palabra ‘eje’, como metáfora de procesos que girarían en torno de un dispositivo organizador, se volvió de uso difícil en un mundo desestructurado, donde en vez de centros nos referimos a flujos, multifocalidad y circuitos.

Debemos revisar en la historia que aprendimos qué significaba cultura al vincularla con educación, arte, desarrollo o calidad de vida; indagar por qué estas palabras se alejaron, se fueron cada una por su lado. ¿Cómo han reutilizado su poder expresivo en otros usos?

1. La cultura redefinida

Dado que los cambios en la noción de cultura durante el siglo XX son bien conocidos, apenas recordaré cómo transitamos de concepciones idealistas que se negaban a contaminarse con la economía o la política a teorizaciones sociales de esos vínculos. El predominio de las Humanidades en el estudio de la cultura llevó a definirla como el cúmulo de conocimientos, aptitudes intelectuales y estéticas. Tener cultura implicaba nivel educativo medio o alto, información vasta y refinamiento. En vez de considerar las condiciones socioeconómicas que hacían posible alcanzar esas virtudes, se oponía lo cultural a lo material.

La reformulación científica de la cultura comenzó desde el siglo XIX en la antropología, pero referida a sociedades no occidentales ni modernas. Fue con la industrialización de los procesos simbólicos cuando la sociología –y luego la economía– advirtieron que los procesos culturales contribuían al desarrollo o lo dificultaban. Los estudios comunicacionales completaron el giro epistemológico gracias al cual hablar de cultura dejó de limitarse a objetos de valor excepcional y comenzó a analizarse la producción, la circulación y el consumo. El acceso no equitativo a la formación cultural en la escuela y en los medios, tanto para producir cultura como para apropiarse de sus bienes, mostró que en las diferencias y desigualdades culturales se manifestaban las disputas por lo que la sociedad produce, así como los modos de distinguirse entre las clases y los grupos. La cultura pasó a ocupar un lugar reconocido en el ciclo económico de la producción de valor y en el ciclo simbólico de organización de las diferencias.

Ahora llegamos a una nueva etapa. ¿En qué consiste? Es difícil responder, entre otras razones porque tenemos la impresión de que los estudios sobre la potencialidad de la cultura y la comunicación para las relaciones internacionales van por un lado y las prácticas de innovación política cultural y comunicacional van por otro.

La reconceptualización de la cultura efectuada por las ciencias sociales le había dado legitimidad en los estudios sobre el desarrollo, las estructuras de poder y la construcción de consensos, el crecimiento económico y los intercambios internacionales. Las evidencias de que la producción cultural representaba, según los países, entre el 3 y el 7 por ciento del PIB, atraía inversiones y creaba empleo, volvió a los productos simbólicos tema de análisis de mercados y crecimiento económico (Tolila, 2007).

En el año 2000 hice una investigación sobre los nuevos lugares en que se informaba sobre la cultura en los diarios mexicanos. De modo semejante a lo que viene ocurriendo en otros países, encontré que las acepciones tradicionales de lo cultural –literatura, artes visuales, música, teatro y patrimonio histórico– se trataban en las secciones llamadas Cultura o Espectáculos, y en estas páginas las fuentes informativas locales y nacionales predominaban en proporción de siete a uno sobre las fuentes extranjeras. La sección de Espectáculos mostraba mayor equilibrio entre las noticias nacionales e internacionales; los textos se concentraban más en la biografía de los artistas que en el significado de las obras, como corresponde a la mayor internacionalización de los espectáculos masivos y al giro informativo hacia lo anecdótico. En el diseño también se imponía el tamaño de las imágenes sobre las notas, y éstas rara vez incluían razonamientos de la información, como si los diarios adoptaran la lógica de la velocidad y del impacto visual de la televisión.

La mayor novedad fue la expansión de los temas culturales a las secciones de economía, informática y telecomunicaciones. En estas páginas, las noticias internacionales prevalecían sobre las nacionales, algunos días en proporción de diez a uno. Sus temas revelaban los nuevos motivos de interés en la cultura: polémicas sobre propiedad intelectual y piratería, estrategias de expansión y alianzas entre empresas de comunicación, informática entretenimiento y turismo. La cultura existe en estas secciones en tanto está industrializada y acompaña a procesos de digitalización, ganancias y pérdidas, sobre todo en los servicios. Si la noticia es que ‘los libros de Borges mantienen venta constante’,¹ las cifras que lo acreditan se publican en la sección Cultura. En cambio, la pérdida de 23.500 empleos vinculados a la industria cinematográfica estadounidense durante 1998 y la migración de la producción filmica y televisiva de ese país a Canadá, Australia e Inglaterra aparecen en Espectáculos.²

La sección de Informática también registra noticias empresariales, dedica buen espacio a novedades tecnológicas y ayuda a resolver problemas de acceso cotidiano a los servicios. La publicidad, en cambio, abundante en estas páginas, exhibe las ofertas computacionales, la competencia entre tiendas, cursos y centros de cómputo. Con frecuencia, la frontera entre las secciones de Economía e Informática se borra. Así como en la parte económica las comunicaciones y la informática ocupan sitios preferentes, en *Virtualia* – nombre del suplemento de cibercultura de *La Jornada*– aparecen notas tituladas: ‘Internet para buscar y ofrecer empleo’, ‘Litigio entre Apple y Daewoo por presunta copia del diseño de la iMac’.

Los diarios, esos sobrevivientes de la cultura escrita, también se remodelan para registrar los nuevos vínculos entre la creatividad de artistas, escritores y medios en las redes

¹ Véase *El Universal*, 15 de junio de 1999, p. 3.

² Véase *El Universal*, 29 de junio de 1999, p. 2.

digitales y con los movimientos económicos globales. Sus giros informativos parecen a veces más sensibles a la nueva escena que las investigaciones académicas. Los investigadores nos complacemos con el hecho de que algunos economistas y políticos (muy pocos) vean la cultura no como gasto, sino como recurso.

Entre los libros que en los últimos años unen la investigación empírica con la re teorización de la cultura sobresale el de George Yúdice, titulado precisamente *El recurso de la cultura*, en el cual se documenta cómo los bienes y procesos simbólicos dinamizan el turismo y las industrias audiovisuales, o los museos se vinculan con el desarrollo urbano. También los debates culturales son examinados como escenas en las que sectores sociales negocian con los Estados las prioridades del desarrollo, los derechos humanos y la calidad de vida. Decenas de declaraciones y estudios de la UNESCO, el BID, la CEPAL y la OEI, entre otros organismos internacionales, registran las implicaciones estratégicas de la cultura para el desarrollo socioeconómico y la construcción de sociedades menos injustas y más democráticas.

No obstante, esos mismos documentos constatan tendencias regresivas en el desarrollo de la cultura, notoriamente en sociedades latinoamericanas. Muchos libros recientes, como el del propio Yúdice, identifican las causas de esta regresión: las presiones de los intereses financieros y de las corporaciones transnacionales, que estancan el desarrollo endógeno de las sociedades periféricas y agravan la inequitativa distribución del ingreso; la incapacidad de los partidos políticos progresistas para contrarrestar las políticas neoliberales o su cómplice indiferencia.

En vez de reunir o comentar una bibliografía crítica ya bien conocida, deseo explicitar las consecuencias de esta vinculación frustrada entre las expectativas generadas por los nuevos papeles de la cultura en el desarrollo y sus decepcionantes resultados.

¿En qué grado la cultura es un recurso potencial y en qué medida acaba como desecho?

Las estadísticas comparativas de los últimos 30 años en América Latina revelan que ahora tenemos menos librerías, menos cines, menos público de cines, menos teatros, menos salas de conciertos. Incluso países con larga tradición cinematográfica, como Argentina, Brasil y Uruguay vieron reducir en los últimos años el número de salas y espectadores de cine aproximadamente a la mitad (García, Rosas & Sánchez, 2003). Baja el presupuesto político para la cultura en términos comparativos con el costo de la vida, con el precio de los espectáculos, con la tecnologización y el alto monto de las inversiones en las industrias culturales; en muchos países, decayó lo que se invertía en dólares hace dos décadas en relación con lo que se invierte hoy. Hemos perdido capacidad de situarnos competitivamente en los mercados internacionales por el descenso de la producción editorial, cinematográfica, musical, de discos y videos. En este sentido, hablo de una regresión del desarrollo cultural: retrocedemos en cuanto a la capacidad de las sociedades latinoamericanas de afirmar la producción y la imagen de cada nación –y de América Latina en su conjunto– en los mercados internacionales.

Aun en los pocos países que logran mantener o expandir sus industrias culturales, la subordinación a pautas de mercantilización empresarial convierte los recursos en desechos: los libros que no obtienen altas cifras anuales de venta son destinados a la guillotina, las películas de 35 milímetros no se rescatan en los nuevos formatos y los videos no duran más

de uno o dos años en las tiendas que los rentan. Los músicos de décadas pasadas más significativos en la cultura nacional que no interesan a las megadisqueras transnacionales, desaparecen de los programas de reedición.

Si hace una década la novedad fue la expansión de los asuntos culturales a las secciones de economía, informática y telecomunicaciones, en los años recientes muchos diarios suprimen las secciones y revistas culturales de fin de semana, o les quitan páginas y despiden a colaboradores. Una parte de la explicación es la competencia de los periódicos en papel con Internet y su consecuente contracción económica, pero también hallamos una redefinición a la baja del papel de la cultura y de la reflexión y el análisis en beneficio de lo que en la información cultural hay de espectáculo, escándalo y entretenimiento ocasional. Es sintomático que en unos cuantos diarios la sección cultural incluya páginas llamadas Tendencias, o sea remplazada por ellas.

Enseguida voy a tratar los nuevos circuitos electrónicos y digitales en los cuales se reciclan algunos de estos bienes. Pero, dado que gran parte de esta historia –centrada en la cultura letrada y en las instituciones espacialmente localizadas– sigue en actividad, hay que comenzar observando el desacuerdo entre las inercias productivas y los nuevos hábitos individuales o empresariales, deslindar lo que en la cultura es recurso o es desecho.

¿Para qué sirven las políticas de afirmación retórica –e incluso legal– de la diversidad cultural en las naciones y en las instituciones internacionales en un tiempo de concentración económica global y fragmentación política de los organismos internacionales?

Las críticas socioculturales a la concepción economicista del desarrollo han tenido al menos dos consecuencias sobre las teorías del desarrollo. Por una parte, hicieron evidente que el desarrollo es concebido de diferentes maneras en épocas distintas, e incluso en la actualidad por diversas culturas. Esta es una de las razones por las cuales no se puede reducir el desarrollo a crecimiento económico. Los economistas suelen decir, para diferenciar a uno del otro, que el desarrollo es crecimiento más bienestar. Cuando hablamos de bienestar tenemos que hacernos cargo de concepciones distintas en cada sociedad. En este tiempo de innovaciones tecnológicas, tener bienestar implica poseer una cantidad de artefactos que no existían hace treinta años. Aun dentro de cada nación hay regiones que tienen diversos requerimientos. Luego, es necesario concebir el desarrollo como un proceso plural, que admite la diversidad y el desempeño divergente de regiones, lenguas y clases sociales. Sabemos que la diversidad no se presenta sólo porque distintos sectores de la sociedad eligen desenvolverse de maneras diferentes, sino también porque tuvieron oportunidades desiguales de acceder a los bienes. En suma: hay diferencias de carácter étnico, lingüístico, de género, de edad, que no necesariamente están condicionadas por la desigualdad, y hay otras diferencias provocadas por la desigualdad.

Ambas formas de diversidad están afectadas por los procedimientos de embudo mediáticos: la variedad de estilos y formas de interacción se reduce severamente a medida que es capturada por los medios. La pluralidad sociocultural, antes homogenizada por las políticas de unificación o mestizaje de los Estados nacionales, ahora sufre un reduccionismo mayor, proporcional al grado de concentración monopólica de las industrias editoriales y audiovisuales, de las empresas periodísticas y las *majors* musicales. En el momento en que las ciencias sociales y las políticas culturales de muchos Estados reconocen la

heterogeneidad, ésta es seleccionada y empobrecida mediante lo que José Jorge de Carvalho ha llamado políticas de ‘ecualización intercultural’ (Carvalho, 1995).

En el último número de la revista *Pensamiento Iberoamericano*, para el cual pedimos junto con Alfons Martinell a especialistas en diversidad étnica, de género, educativa y mediática un balance de avances y retrocesos, hubo una conclusión generalizada: la diversidad es innegable, pero tiene escaso poder. Las declaraciones de las cumbres de presidentes y ministros de cultura suelen reconocer esa diversidad y al mismo tiempo exaltar vocaciones históricas compartidas. ¿Por qué tienen tan poca eficacia, entonces, los programas de integración? Preguntas semejantes suscitan la *Declaración universal sobre la diversidad cultural* adoptada por los Estados miembros de la UNESCO en 2001 y la *Convención sobre la protección y la promoción de la diversidad de expresiones culturales* aprobada con abrumadora mayoría en la 33ª Conferencia General de la UNESCO en noviembre de 2005, cuya demorada aplicación a procesos específicos muestra una y otra vez más dificultades que logros. De modo análogo, se observan avances cuando las constituciones nacionales llegan a incluir el reconocimiento de ‘países pluriculturales’ en Colombia (1991), Brasil y Ecuador (1998). Sin embargo, la discriminación y los conflictos interétnicos persisten.

¿Qué consecuencias tiene esta discrepancia entre declaraciones de pluriculturalidad y procesos sociales que la niegan? ¿Cómo afectan a la cooperación internacional? Ante todo, hay que recordar que ahora pensamos la pretendida unidad de Iberoamérica menos como una identidad común que como un espacio sociocultural. En vez de buscar una definición esencial de ‘lo iberoamericano’, conviene hablar de un espacio compartido, un espacio cultural, político y socioeconómico en el que conviven muchas identidades y lenguas, itinerarios y audiencias heterogéneas. No existe una base biológica ni una única tradición común que garanticen su desenvolvimiento (Garretón et al., 1999; García, 1999; Reyes, 1999; Sosnovsky, 1999).

Pero no es esta diversidad la que más preocupa al encarar políticas cooperativas de desarrollo, sino el desprecio a las diferencias y el agravamiento de la desigualdad. ¿Cómo trabajar para la superación de estos procesos centrífugos y frustraciones? En la base de la malograda relación entre cultura, desarrollo y cooperación, algunos autores encuentran las crónicas diferencias en la educación y su incapacidad para asumir las exigencias actuales del desarrollo, por ejemplo, las migraciones y el multilingüismo, o las conexiones de las industrias culturales y las redes digitales que propician nuevos modos de acceso e intercomunicación.

Si el acceso a los bienes culturales está condicionado en primer lugar por la educación, el rezago y la decadencia de los sistemas escolares en América Latina obstaculiza casi todos los vínculos con el desarrollo. Por ejemplo, la combinación productiva entre la enseñanza generalizada que garantiza para todos, el acceso a valores nacionales compartidos y la actualización y especialización necesarias para situarse en las innovaciones globales. Martín Hopenhayn examina dos sentidos de lo intercultural: como la ‘conversación entre culturas’ que hace posible construir un imaginario de convivencia de lo múltiple, o como referente utópico que enseña a verse con los ojos del otro, enriquecerse con sus formas de producir y comunicar. Hopenhayn propone trascender la noción estrecha de educación intercultural observada en América Latina –y en parte, podría agregarse, en España– que se concentra en el bilingüismo; es preciso también conciliar saberes exógenos y endógenos, «reformular contenidos curriculares para la deconstrucción del etnocentrismo (por ejemplo, mostrando

distintos relatos de la historia, cánones diversos en corrientes artísticas según culturas, distintas formas de aproximarse a la naturaleza). Implica también promover actitudes básicas de interlocución y apertura al otro y afirmar como riqueza y no como amenaza la diversidad de opiniones y visiones de mundo». Una distinción clave de su texto propone «educar *en* la interculturalidad, *desde* la interculturalidad y *con* interculturalidad» (Hopenhayn, 2009).

Las cuestiones irresueltas de la diversidad y la interculturalidad se vuelven más acuciantes al reinscribirse las industrias audiovisuales en circuitos digitales y engendrar nuevas diferencias y desigualdades, ya no sólo territoriales o de origen histórico, sino también según los nuevos modos de acceso. En la medida en que la gestión de estas interacciones queda en manos de empresas transnacionales en el campo editorial, el cine, la televisión y los servicios digitales, la cooperación cultural entre Estados es incapaz de contrarrestar la competencia con acciones solidarias. La integración política, así como los objetivos de igualdad y justicia, pierden importancia ante nuevas agendas de negociación comercial. La multiplicación de experiencias de integración entre Estados, como la del Mercosur, o la de España y la Unión Europea con algunos países latinoamericanos, ha dado pocos resultados continuos, en parte a causa de la inestabilidad política y también por debilidades de los organismos públicos y las fracturas entre bloques de países producidas por confrontaciones económicas entre intereses privados y estatales.

Sin extenderme en áreas particulares que recibirán su tratamiento especial en esta reunión, destaco algunas condiciones señaladas por Enrique Bustamante con el fin de promover, junto al crecimiento de las relaciones comerciales, programas de cooperación internacional. Se requieren políticas públicas que reconozcan la diversidad sin seleccionar sólo las clientelas más extensas, que afirmen el derecho colectivo de acceso a la cultura, el intercambio equilibrado de bienes simbólicos entre los pueblos. Con estos objetivos, detalla una agenda estratégica para superar el debilitamiento de las radiodifusoras públicas, fortalecer las pymes, atender las preferencias por repertorios simbólicos locales y regionales en la música, el cine y el audiovisual, abrir el mercado europeo –«más cerrado que el norteamericano»– a filmes y programas audiovisuales latinoamericanos. Esta agenda será eficaz si atiende protagónicamente las redes digitales y las nuevas modalidades de consumo cultural.

¿Podemos aspirar a que la investigación y las políticas culturales intervengan en los circuitos estratégicos (las redes digitales, su acceso público y privado y la creatividad en línea,) o apenas es posible esperar que se ocupen de las antiguas especies protegidas (los libros, los museos y el cine de autor)?

Si miramos lo que sucede en las políticas que tratan de desarrollar la cultura, la conclusión es que prevalecen nociones equivocadas en lugares anacrónicos. Fatiga sin imaginación. La mayor parte de las políticas culturales nacionales y de cooperación internacional siguen centrándose en personas, bienes físicos e instituciones espacialmente localizadas. En la época de desmaterialización y digitalización de los bienes simbólicos, los ministerios de cultura dedican los porcentajes más altos de sus presupuestos a la gestión de museos, la construcción de centros culturales que sean referencias arquitectónicas espectaculares y a pagar salarios de instituciones –como museos, teatros, orquestas y bibliotecas– representativas de la cultura letrada y situada en lugares específicos. Los Estados que cedieron a las empresas privadas, desde la expansión masiva de los medios, la decisión unilateral sobre contenidos y las

condiciones económicas de explotación de las pantallas de cine y televisión no dedican fondos ni personal a estudiar y promover los aportes de la comunicación digital a la reconfiguración de la esfera pública.

En la era del acceso y de las comunicaciones transnacionales, las acciones gubernamentales y de la mayoría de los actores culturales siguen colocando en el centro de sus preocupaciones cómo lograr que los públicos visiten las instituciones localizadas en ciudades grandes o medianas, en barrios privilegiados (teatros, museos y salas de conciertos) y cómo inventar algún recurso para que los editores y libreros sobrevivan y los jóvenes lean más. Cuando algún funcionario impulsa encuestas sobre los públicos de esas instituciones y los hábitos de lectura, como ocurre desde hace 40 años en los EEUU y en varios países europeos, descubre que los jóvenes –y no sólo ellos– ven más cine que antes, pero no en las salas, sino en la televisión, video y luego de descargar películas de Internet. Es difícil saber si los jóvenes leen menos, porque en las preguntas la encuesta –que sólo averiguó cuánto leen en papel– muestra que la tercera parte de los entrevistados usan computadora y de ese grupo el 80 por ciento dispone de Internet. ¿Para qué usan la computadora, Internet y en los últimos años los teléfonos móviles? Para informarse, enviar o recibir mensajes; y los jóvenes para estudiar, hacer tareas escolares y compartir datos. Todas son formas de lectura y escritura. Sin embargo, en la época del iPhone siguen haciéndose libros y documentos gubernamentales que oponen los libros a la televisión.

2. Nuevos elementos dentro del binomio cultura-desarrollo

Desde hace unos años, en pocos países latinoamericanos, los ministerios de cultura finalmente están impulsando estudios sobre los consumos culturales. Como sigue habiendo prácticas de consumo de bienes localizados, es útil que se investigue quiénes van a los teatros, cines, bibliotecas y museos, y valoraríamos que las políticas se rediseñaran de acuerdo con esos datos. Pero estamos en la época del acceso. Además de apoyar a los cineclubs independientes, impulsar ediciones no comerciales de autores clásicos y dar respiración artificial al arte que no interesa ni a las galerías ni las bienales, si queremos encarar en serio la articulación de la cultura con el desarrollo hay que afrontar cuestiones incómodas. Menciono dos como ejemplo:

- a) *Pasar de la cooperación cultural internacional a la coproducción y la codistribución.* Uno de los pocos programas posretóricos generados por las cumbres de jefes de Estado es Ibermedia. Comenzó en 1998 y el cabo de diez años exhibe aportes comprobables al crecimiento de la producción fílmica en español y al reconocimiento de la diversidad: otorgó apoyos a 348 películas e impulsó redes de coproducción y convenios de cooperación que favorecen a las cinematografías consolidadas (España, Argentina, Brasil y México) y ha incluido en esos proyectos a 14 países más que pudieron incrementar su producción (desde Colombia y Chile hasta Ecuador, Panamá y República Dominicana). Los propios directivos de Ibermedia reconocen que son sólo los primeros pasos en la formación de un espacio audiovisual iberoamericano, entorpecido por las trabas para distribuir y exhibir. Además del obstáculo de la hegemonía estadounidense en las salas, faltan políticas para entrar en ventanas distintas (televisión, video, DVD) y así amortizar los costos de las producciones. Fue un avance transitar de la cooperación a la coproducción, pero ese gran paso es

insuficiente si no se alcanza la codistribución, se mejora la circulación en las nuevas pantallas y se forman públicos.

- b) *¿Cómo trabajar con los incluidos, con los excluidos y con los que no quieren ser incluidos en las políticas de desarrollo cultural?* La noción de ‘eje del desarrollo’ supone un universo social que gira de modo más o menos coherente. Si además hablamos de cooperación internacional, la metáfora del eje carece de soporte. Economistas como Paul Krugman prefieren otras imágenes: citando a William Butter Yeats, Krugman describe el desorden global como un ‘remolino que no para de agrandarse’. Recuerda este Premio Nobel que ya en marzo de 2008 *The Economist* hablaba de la tendencia de muchas economías a ‘desacoplarse’ de la recesión estadounidense y de las que siguieron (Krugman, 2008). Esto ha llevado, entre otras consecuencias, a que se corten las líneas de crédito y las inversiones entre países.

También se han cortado los créditos y las inversiones en los campos culturales y comunicacionales. Ya había trastornos serios desde que estalló la burbuja tecnológica, pero la explosión de las burbujas inmobiliarias y las demás ha agravado las podas al financiamiento de museos, teatros, editoriales y canales de televisión cultural en los EEUU, Europa y América Latina. La metáfora del eje está siendo reemplazada por las de las burbujas fugaces y las podas presupuestarias reiteradas.

Quiero detenerme en la imagen del desacoplamiento, no sólo de unas economías respecto de otras, sino de amplios sectores sociales. En la literatura sobre desarrollo solía argumentarse que la acción cultural es un recurso incluyente. Las políticas sociales y culturales eran mejor valoradas cuando favorecían la participación en las instituciones y el ejercicio de la ciudadanía. Ahora abunda el rechazo a estas pretensiones integradoras. Doy algunos ejemplos: la frase ‘que se vayan todos’ en la Argentina catastrófica de 2001, la elección de presidentes fuera de los partidos políticos (desde Fujimori hasta Chávez y Lugo) y el aumento del abstencionismo electoral. Sobre todo entre los jóvenes crece la desafección política, la búsqueda de trabajo en los mercados informales, el consumo de productos piratas y –en su expresión más drástica– el abandono del país como migrantes, todas ellas maneras prácticas de descreer de la organización social imperante.

El correlato español y europeo del declinante interés en las políticas gubernamentales y de cooperación se manifiesta, entre otros aspectos, en la descendente participación electoral en las elecciones europeas y en los datos que suministra el *Barómetro 2008* de la Fundación Carolina (2008: 67) sobre la opinión pública española acerca de la cooperación al desarrollo: en comparación con años anteriores, registra una caída del interés de la población por la cooperación internacional y «un cierto escepticismo respecto de la utilidad de esa ayuda». Cabe destacar el valor de estos estudios realizados por programas de investigación españoles, en contraste con la casi inexistencia de análisis semejantes desde América Latina. Un punto hipotéticamente interesante en esta mirada recíproca sería replicar desde los países latinoamericanos donde España es el primer o segundo inversionista que se piensa sobre un tema incluido en el *Barómetro* de la Fundación Carolina: la actuación de las empresas españolas y sus distintos ‘criterios de responsabilidad ambiental y social cuando lo hacen en América Latina y cuando lo hacen en España’ (Fundación Carolina, 2008: 99).

Las encuestas recientes a los jóvenes en España, México y Argentina (García, 2008; Hopenhayn, 2009; Reguillo, 2007) muestran desinterés ante las ofertas de bienestar y

participación estatales. Prefieren la inserción en redes más experimentables: con sus compañeros de edad, con los que ofrecen trabajo (aunque sea precario) y bienes de consumo y comunicación (aunque se obtengan fuera de la ley). Hasta la comunicación a distancia por medios digitales les brinda mayor concreción, por decirlo así, en la voz y las imágenes que los relacionan al instante y consiguen efectos verificables, los sitúan no en estructuras abstractas sino en redes expresivas.

Para concluir, destaco que elegí estos dos ejemplos intentando señalar el doble registro en el que se hace necesario recolocar la articulación cultura-desarrollo. Uno es el de las acciones políticas dentro de las instituciones y los programas existentes o por crear, por ejemplo, Ibermedia. La otra vertiente se sitúa en un campo que suele ubicarse como el de la anti política: el de quienes sospechan de los grandes relatos e instituciones, no les interesa ser incluidos allí y exploran formas de desarrollo grupal o colectivo no reductibles al antagonismo inclusión/exclusión. Asumir esta doble vía implica comprender las actuales condiciones más allá de los modos de pertenencia e interconexión estructurados por la cultura letrada, en los que se concentran los organismos nacionales e intergubernamentales. Supone cambios tan radicales como dejar de simplificar las descargas libres de contenidos culturales llamándolas piratería y las redes de comunicación y no empresariales como amenazas al desarrollo.

Quizás los antiguos asuntos de la diversidad, el desarrollo y la cooperación puedan sonar atractivos si somos capaces de imaginar la cultura como algo más que un portafolios comercial de Google, cinco o seis editoriales y dos o tres disqueras, interrumpidos por apariciones de videos clandestinos en las pantallas de YouTube. Tal vez las palabras cultura y desarrollo están reinventando su expresividad en otras construcciones de sentido, cuyo poder depende de lo que sucede con los derechos intelectuales de los creadores y los derechos conectivos de las audiencias.